



DAE1574

El espíritu de Roberto Parra

Mario Rojas

Director musical de El desquite

41

Roberto Parra era, por sobre todas las cosas, un gran guitarrista. Además de compositor, poeta, dramaturgo, narrador, reparador de bicicletas, carpintero, albañil, lutier... tocar la guitarra era la disciplina que había cultivado con mayor oficio. Tenía un veloz punteo con uñeta, técnica que heredó de su temprana afición por la mandolina y un vigoroso ataque a cada nota, en unas largas escalas tan propias suyas, maduradas en el tiempo, salpicadas de intervalos jazzísticos.

Era mi amigo, Roberto. Quien, en su juventud, fue amigo y colega guitarrista de mi progenitor. Por esa razón, teníamos muchos temas comunes. Hablábamos de antiguos guitarreros, como Humberto Campos —el más grande, sin duda— o Juan Pou —hermano de Julita Pou, actriz de la época— quien tuvo un conjunto musical con mi padre y un tal Díaz. Nombres que circulaban alegres en los relatos de Roberto y que me sumergían en ese clásico arrabal de primera mitad de siglo: una calle Matucana cortada a lo largo por el tren que desembocaba en la Estación Central; con un incesante comercio manejado por inmigrantes de toda procedencia; con huasos que se compraban ropa en los abundantes y modernos negocios de San Pablo, y antes de volver a la provincia abandonaban sus pilchas viejas en la vía del tren.

Me conmovían los relatos de su vida de músico joven en *La Popular* y *El Toró Azul*, junto a Eduardo, Violeta e Hilda.

En ese tiempo fue, que la Zunca, una mujer a quien prometió amor eterno y luego engañó, le cortó

la cara... ¡pó' que te acordí siempre de mí. Una marca visible sólo para él, pero que daba pie a una de sus entrañables anécdotas.

Y me va a creer Mario, que hasta el día de hoy, cada vez que me miro en el espejo me acuerdo de esa Zunca tal por cual.

Yo le guardaba ese respeto solemne que me inspiran los guitarristas de su época. Esos guitarreros oficiosos, capaces de acompañar a quien sea sin titubeos, que nunca pierden la compostura frente a una secuencia armónica de cierta dificultad, que cogen el instrumento con distinción y que, consciente o inconscientemente, se parecen en el modo de vestir y en las maneras a los legendarios guitarristas de Gardel.

Y Gardel era su ídolo, conservaba su foto en un lugar especial y lo escuchaba una y otra vez con recogimiento, allí en su casa de Serrano, en Pudahuel. Afuera, el patio común de la casa grande. Una prole compuesta de varias familias—sobrinos, nietos, primos de la extensa parentela Parra— interactuaba entre labores domésticas, lamentos y llantos de guaguas.

Era el tiempo en que Roberto rondaba los setenta. Separado de Catalina, entre visitas esporádicas de sus hijas adolescentes, distante del alcohol, encontraba esos momentos de paz interior que favorecían su genio creativo. Se sentaba en una silla, o al borde de la cama, a escribir en unos cuadernos manchados de café y comida que luego guardaba en el ropero, a medida que los iba llenando, en su desordenado orden personal.

Así, entre escuchar *Mano a mano* en la voz inmortal de su héroe, y dar cucharadas a un plato de

AUTORÍA

Rojas, Mario, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El espíritu de Roberto Parra [artículo] Mario Rojas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile